# LA BELLEZA ETERNA.

Debe considerarse como un mero capricho ó como una preocupacion inexcusable, el empeño de ser feas con que todavía se distinguen algunas mujeres, y la costumbre inveterada de envejecer que aún domina en todas ellas.

Hasta ahora, preciso es confesarlo, han podido resignarse á los imperiosos mandatos de la naturaleza sometiéndose á las duras condiciones de esa ley que obli-

ga á ser feas á algunas y á envejecer á todas.

Contra lo primero, solo se habian encontrado términos medios, subterfugios, sofismas, cosméticos, digámoslo así, empíricos, cuyo éxito no pasaba del exíguo resultado de poner al alcance de las mujeres una hermosura intermitente ó una juventud de pura perspectiva.

En honor de la verdad, la química aplicada á la hermosura y á la juventud no se encontraba á la altura que señala el nivel de nuestros adelantos, porque en vez de cubrir las incorrecciones en que suele incurrir la naturaleza y de ocultar los deterioros con que el tiempo maltrata á las mujeres, solo servia para descubrir la misma necesidad que no acertaba á vencer.

Semejante á la deuda, producto natural del crédito, en vez de decir «esto



hay,» decia simplemente «todo esto falta.»

El cosmético mas fino, la composicion mas exquisita y mas perfecta podian ser comprados por las mujeres, ya en una, ya en otra perfumería; pero es lo cierto que esas maravillosas combinaciones de sustancias químicas, hábilmente preparadas, se vengaban á su vez vendiendo en todas partes á las mismas mujeres que las habian comprado.

No hay mujer que no quiera ser hermosa y que no quiera ser jóven: esto ha podido sospecharse con mas ó menos fundamento, con mas ó menos excepciones; pero ha adquirido una autenticidad incontestable, ya en unas mujeres, ya en otras, por el testimonio irrecusable de los afeites con que á todo trance buscaban una belleza inverosímil ó una juventud imposible.

Tratando de ocultar delante del espe-

jo los defectos del semblante, no hacian mas que descubrir, en presencia de las gentes, los excesos de sus deseos, y al querer asegurar que eran hermosas, solo conseguian advertir que deseaban serlo; porque las mas ingeniosas combinaciones de la química no habian pasado en este punto de tentativas desgraciadas.

Mas sea como quiera, de este modo protestaban por lo menos contra las injusticias de la naturaleza y contra los implacables rigores del tiempo, manifestando hácia sí mismas un desprecio, cuya intensidad solo podia medirse por el afan que mostraban en ser otras.

Pero es el caso que la dificultad ha llegado á ser vencida, que la naturaleza resueltamente derrotada y el tiempo hábilmente esclavizado, no tienen ya facultad ni poder para conseguir que una mujer sea fea, como ella no quiera serlo, ni



pase de los veinte años, á no ser que por puro capricho se obstine en cumplir cincuenta.

Aunque se trata de juventud y de hermosura, permítaseme decir que A. Reynaud ha puesto el dedo en la llaga.

Pero, ante todo: ¿quién es A. Reynaud?

Si se le considera por su aspecto exterior, no pasa de ser un hombre segun la naturaleza; si se atiende á su condicion civil, puede afirmarse que es un ciudadano; y si se examina el medio que ha elegido para buscarse la vida, puede presumirse que sea un perfumista.

Mas si dejamos la superficie para penetrar en el fondo; si apartamos al hombre, al ciudadano y al perfumista, nos encontramos con un génio.

A. Reynaud es una de esas inteligencias extraordinarias y poderosas, que apa-

recen de vez en cuando sobre la tierra para iluminar con un solo rayo de luz toda la fisonomía de un siglo.

A. Reynaud es una antorcha.

La primera cualidad que se advierte en el génio de este hombre inesperado, es el profundo conocimiento que ha adquirido del tiempo en que vive, bajo el triple aspecto de la filosofía, de la moral y del arte.

Filosóficamente hablando, ha descubierto y formulado la última, y por consiguiente, la mas sublime *evolucion del concreto*.

Moralmente, ha establecido el principio de una igualdad perfecta é inmutable.

Artísticamente, ha condenado á la fealdad á cadena perpétua.

A. Reynaud ha completado la revolucion, levantando en la cuarta plana de todos los periódicos, bajo la modesta forma de un anuncio, esta magnífica bandera:



«La belleza eterna.»

Y por si alguno pudiera pensar que la belleza eterna es Dios, añade:

«Arte de conservarse y embellecerse.»

Y como pudiera haber álguien que por razones propias ó ajenas se resistiera á creer en la maravilla del descubrimiento, A. Reynaud advierte como testimonio poderoso, que «se vende en las principales librerías de Madrid.»

No siempre discurre el hombre con la razon, y no deja de ser frecuente en nuestros tiempos que los hombres mas sensatos discurran con el bolsillo, atendiendo á que el dinero va siendo la razon suprema de todas las cosas.

Y en este caso probable no faltará quien apreciando en todo su valor tan extraordinario descubrimiento, caiga en la cuen-

ta de que la *Belleza eterna* que se le ofrece pueda costarle un ojo de la cara, y es muy fácil que prefiera no ser tuerto en los años que le quedan de vida, á ser eternamente hermoso; pero tambien sale al paso de esta dificultad, añadiendo que tan estupendo prodigio solo cuesta dos reales.

De todos modos, ¿qué excusa pueden tener ya las mujeres que se obstinen en ser feas? ¿Qué disculpa encontrarán las que persistan todavía en el empeño de envejecer?

Ello es que el poderoso y frágil atractivo con que esa bella mitad del género humano que se llama mujer, esclaviza á la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido un encanto eterno.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí llenas de impaciente curiosidad, acudirán al espejo empeñadas en descubrir el secreto de esa



belleza infusa é interminable que poseian en gérmen sin saberlo.

Examinarán atentamente las más seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo, dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Despues de una meditacion más ó menos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla, que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda; aquí hay alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un

sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda; tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial; acaso no sea mas que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto LA BELLEZA ETERNA, y ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta: se trata de un libro.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que Mr. Reynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.



La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincon de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *grátis*, es verdad; pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando más se necesita.

Pero, ¿es posible detener la juventud que huye, los encantos que se disipan, la hermosura que se desvanece?

Sí, es posible; mas ni á la moda, ni á la química, ni al arte de Reynaud, deben las mujeres el imperio de tan poderoso atractivo.

No consiste ni en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seduc-

tor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas y solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular: ellas mismas no saben que lo tienen, y parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha oido, y quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras



veces otra; ó mas bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta ella.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no cómo, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien; hé aquí el prodigio:

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—O fea.

—¿Será rica?

—O pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese gran privilegio?

—No, lo poseen todas.

—Hé aquí una cosa incomprensible.

—Hé ahí una cosa matemática.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario, es una série de hechos.

—¿Quién los sabe?

—La experiencia.

—¿Quién los cuenta?

—Todos lo contamos.

El amante dice á todas las mujeres: «por tí me muero.»



El marido dice á su mujer: «por tí vivo.»

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz: exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazon;» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido solo puede decirle á una sola: «tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Tal es el irresistible atractivo, el encanto permanente que da fuerza al dulce imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Es un secreto con que ellas no cuentan.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.
Todas..... ¡bah! son mentira.
Una..... esa es la verdad.
Todas son..... la locura ó el vicio.
Una..... es el juicio y la virtud.
Muchas..... son el placer.
Una..... es la felicidad.

Así son las mujeres y así es la mujer; pero á continuacion veremos cómo es preciso que sean para que se complete la igualdad armoniosa del linaje humano.

## LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

En Inglaterra se piensa muy formalmente en dar derechos políticos á las mujeres; en Salford ha habido ya un *meeting* muy sério, en que bajo la presidencia del alcalde, dignamente acompañado de su esposa, se ha proclamado el principio de que la mujer debe ser hombre; en los Estados-Unidos ha visto la luz un periódico redactado por mujeres, con este lema varonil: «A los hombres sus derechos y nada más, á las mujeres sus derechos y na-